

Sacristán: luz precursora en un mundo translimitado

JULIO SETIÉN

Activista y político, exalcalde de San Fernando de Henares por Izquierda Unida y fundador de la corriente ecosocialista en dicha organización

RESUMEN: Este ensayo analiza la figura de Manuel Sacristán como precursor del ecosocialismo y pensador marxista heterodoxo, destacando su vigencia en el centenario de su nacimiento. Explora su integración temprana de perspectivas ecologistas, feministas y pacifistas en la revista *mientras tanto* bajo la divisa «rojo-verde-violeta», anticipando el *Manifiesto ecosocialista* de 1989. Se examina su crítica al productivismo tanto capitalista como del «socialismo real», su diálogo con teóricos como Wolfgang Harich, y su énfasis en la «frugalidad revolucionaria» inspirada en Berlinguer. El autor señala su coherencia ética al priorizar el activismo sobre su carrera académica y su postura incómoda dentro del PCE-PSUC, manteniendo independencia crítica sin romper con el proyecto comunista. Se subraya una ausencia en su obra: el análisis del masivo movimiento huelguístico español (1975-1981), pese a su centralidad teórica de la clase obrera. Finalmente, se reflexiona sobre la actualidad de su pensamiento ante la crisis ecosocial, destacando su advertencia sobre los límites biofísicos del crecimiento y su defensa de comunidades autogestionadas con tecnologías «humildes». El ensayo concluye que Sacristán ofrece claves metodológicas —rigor científico, medida dialéctica y compromiso moral— para repensar proyectos emancipatorios en un planeta translimitado.



95

La conmemoración del centenario del nacimiento de Manuel Sacristán Luzón (MSL) constituye una magnífica iniciativa: MSL es el filósofo más importante de la segunda mitad de nuestro siglo xx, sin duda. Ahora bien, no haríamos

justicia a su memoria si no ubicáramos su práctica filosófica en un continuo de activismo político, social y cultural traspasado por la enorme carga moral de su biografía. Su figura se agranda con el tiempo, desde su fallecimiento en 1985 hasta hoy. Se podría decir, a la distancia de los cuarenta años de su desaparición física, que fue no solo un militante comprometido hasta el tuétano en una etapa fecunda y complicada de nuestra historia, sino que ha resultado ser un profeta del carácter tendencialmente catastrófico del crecimiento deforme, desigual, injusto y suicida de las fuerzas productivas/destructivas que ya entonces iniciaban su choque irreversible con los límites biofísicos dentro de los que se ha venido desarrollando la vida humana. Las notas que siguen no son hagiográficas (MSL hubiera rechazado tal enfoque), sino problematizadoras de su obra, confrontándola con el contexto social, político y cultural en que se gestó y con las nuevas realidades de hoy.



1. Sacristán, ecosocialista

96

Sacristán falleció cuatro años antes de que aparecieran las primeras agrupaciones políticas ecosocialistas, en un impulso que se plasmó en el *Manifiesto ecosocialista* de 1989. Sin embargo, puede afirmarse que balizó el camino de quienes continuamos aquí esa trayectoria hasta nuestros convulsos días. Su revista *mientras tanto* —afortunadamente viva, como referente periódico de las personas y organizaciones que trabajamos por «la justicia social en un mundo habitable»— nació con los colores rojo, verde y violeta, divisa de la acción ecosocialista (hubo quienes calificaron al equipo de redacción como «una corriente ecológica de comunistas sensatos»). La revista publicó inmediatamente el *Manifiesto*. Creo no violentar su legado si afirmo que, más allá del nominalismo, MSL atisbó la alternativa de un ecosocialismo frugal, feminista y pacifista como sociedad capaz de evitar el terrible destino de nuestra especie, que avanza sobre el trepidante mecanismo de la creación de valor sin límites, propia del modo de producción capitalista. MSL dio ejemplo de que lo vital, lo imprescindible, lo primordial ante la expansividad de la inmensa potencia del sistema es la resistencia al mismo. El *Manifiesto ecosocialista* proponía como primera línea de acción ese *prius* moral, militante: resistir. Y por supuesto, en caso de ser derrotados en tal o cual intento de abrir nuevos caminos, ser capaces de soportarlo, de analizarlo, de recomponer las fuerzas personales y colectivas, de fomentar la resiliencia ante la adversidad, tanto social o política como natural.

Qué duda cabe que el modo de producción capitalista, al basarse en la producción ilimitada de valor, tiende a chocar con los límites biosféricos, aunque la humanidad ha mantenido históricamente una relación siempre conflictiva con la naturaleza.

Esa máquina crecentista destructiva, calcada en sus objetivos productivistas por las economías del *socialismo real* ha podido mantener la ficción de su perduración en el tiempo hasta que se ha hecho evidente el carácter irracional y objetivamente suicida de negar lo evidente: la imposibilidad de una economía perpetuamente creciente en un mundo finito en espacio, materiales y energía utilizable.

Ya no hay espacios vacíos, tierras vírgenes, oestes imaginarios donde se pueda expandir armónicamente la especie humana de forma sostenible. Hoy se propone —con razón— mantener naturalizadas la mitad de las tierras emergidas, libres de la presión humana directa, como garantía de la viabilidad de unos ecosistemas con especies animales y vegetales en declive, en plena Sexta Extinción.

Continuar por el camino del productivismo, del crecentismo indefinido, situaría a la especie humana fuera de los equilibrios biofísicos que permiten la continuidad de su existencia. Pasa a ser urgente, decisivo, romper la hegemonía del modo de producción capitalista, organizar la economía, las instituciones, la vida, de un modo socialista ecológicamente fundamentado, pacífico, garante de la liberación de las mujeres y de la igualdad de todos los seres humanos, libres de explotación y discriminación de cualquier tipo. Una sociedad que restituya un metabolismo homeostático con el conjunto de la biosfera, dentro de los límites hoy transgredidos.

El sujeto —socialista, antiimperialista, ecologista, feminista, pacifista— de tal revolución tiene, para MSL, un protagonista principal: el movimiento obrero. En sus propias palabras:

El futuro de la especie humana —asunto principal de cualquier pensamiento revolucionario— depende de cómo se resuelvan los problemas civilizatorios a los que responde el ecologismo. Por otro lado, una práctica ecologista choca inmediatamente con el presente modo de producción.¹

No se trata de adorar una naturaleza supuestamente inmutable y pura, buena en sí, sino de evitar que se vuelva invivible para nuestra especie.

En el mundo industrializado, la tarea política primaria del movimiento ecologista es hacer ver a la izquierda obrera que por causa de sus problemas ecológicos, algunos de sus intereses a corto plazo están entrando en conflicto con sus intereses a plazos medio y largo.

Por muy a disgusto que uno esté con la conducción de los grandes partidos obreros y de los sindicatos, no hay ninguna duda de que la acción fundamental para una transformación ecológico-social es que se muevan esas grandes organizaciones de clase, que lo son al menos objetivamente. Ellas son las protagonistas.

El proletariado de los países industriales debería constituir el eje de tal sujeto revolucionario.

¹ Cuenta Fdez. Buey que MSL rotuló en 1976 una serie de estantes de su biblioteca, desbordantes de documentos de temática ecológica: «El lío padre». Humor y conciencia de la extraordinaria importancia que reconocía ya en el ecologismo.



Desde finales de la década de los sesenta, MSL introdujo progresivamente la reflexión ecologista en su obra. De hecho, uno de los objetivos que señalaba a la revista *mientras tanto* era acercar las alas más sensibles de CC. OO. a la preocupación ecologista. Situó correctamente la importancia de una lucha obrera y popular como la huelga general en Erandio —contra la contaminación producida por las fábricas de la zona— como ejemplo de confluencia de movimientos —sindical, vecinal y ecologista— y objetivos. Lo contrapuso a episodios como la sublevación de los obreros alemanes frente al intento del canciller Schmidt de eliminar la producción de amianto. MSL afirmaba —juiciosamente— que:

En 1979, estructuró su posición política en una extraordinaria aportación a las Jornadas de Ecología y Política en Murcia. Se pronunció sobre todos los frentes de debate abiertos en el movimiento ecologista. Impresiona la claridad de los análisis y propuestas que hace en la comunicación:

1. Habrá siempre contradicciones entre las potencialidades de la especie humana y su condicionamiento natural: somos la especie de la desmesura, la especie exagerada.
2. Podría ocurrir que una época de intensas movilizaciones sociales sin salida desembocara en el desastre de todas las clases en lucha, como preveía Marx.
3. Las fuerzas productivas son en el capitalismo fuerzas destructivas. La energía nuclear y la ingeniería genética, por ejemplo, abren una perspectiva de tiranía integral.
4. El sujeto social revolucionario no puede tener por tarea fundamental liberar las fuerzas productivas, que tampoco se pueden coartar, sino dirigir desde una política científica comunitaria, no autoritaria, que frene, regule o impulse, de forma selectiva. La primacía la debe tener la fuerza de trabajo y la norma de conducta de «nada en demasía».
5. Buena parte de los trabajadores de los países industriales se adhieren a los valores del crecimiento económico depredatorio y a la estructura jerárquica y despótica que lo organiza. La conciencia de la clase trabajadora deberá basarse en su condición de sustentadora de la especie —imprescindible en el metabolismo de la sociedad con la naturaleza— y en el conocimiento científico de los problemas globales, entre ellos, los ecológicos. Las clases trabajadoras, principalmente la clase obrera de los países industriales, son la parte de la humanidad más necesaria para su supervivencia, lo que constituye una feminización del sujeto revolucionario.
6. Las salidas no son ni el reformismo ni el autoritarismo. Hay que garantizar un metabolismo sano entre la sociedad y la naturaleza, pero el despotismo pertenece a la cultura del exceso que se trata de superar.



7. El movimiento revolucionario debe simultanear tres prácticas: a) construir una nueva cotidianeidad, no remitirla a «después de la revolución», b) darle toda la relevancia a la planificación global y c) practicar el internacionalismo.

La construcción de esa nueva cotidianeidad —Berlinguer había llamado a los Sindicatos a promover nuevas formas de vida frente al consumismo— requiere un serio rearme moral de los trabajadores y de las mayorías sociales. MSL reflexiona que por ejemplo, un hombre no represor de la mujer, no violento, no destructor de la naturaleza, es alguien que ha pasado por una mutación moral cercana a lo que en el plano religioso se califica de conversión.

2. Un marxista *librepensador*

En relación a la gran mayoría de los pensadores marxistas de los años setenta, MSL se mostró adelantado, sensible a los nuevos problemas que genera el capitalismo desarrollista de los países del Norte global, compartido en tono menor por los estados del *campo socialista*. Nota, decepcionado, que «todas las revoluciones del siglo xx parecen haber sido simples vías a la industrialización». Se toma muy en serio las advertencias del informe Meadows de 1972, donde por primera vez se confronta la mejor ciencia disponible —el análisis de sistemas— con la marcha de la economía, expresando el recorrido previsible en el tiempo hacia los límites en la extracción de recursos y la producción de alimentos, ambos sumados al impacto en la biosfera de la producción de residuos y la contaminación atmosférica, lo que comprometería —el proceso aún era evitable— las condiciones de vida de una especie lanzada además a un crecimiento demográfico desbocado.

Se abre a la bioeconomía preconizada por Nicholas Georgescu-Roegen, que analiza el marco físico sobre el que se implementan las doctrinas económicas al uso, que desprecian y niegan en la práctica la base material sobre las que se asientan, sometida a la segunda ley de la termodinámica.

Profundiza en el carácter bifronte de las fuerzas productivas, que, según un Marx desgraciadamente olvidado, pueden convertirse en destructivas. Los avances científico-técnicos ponen aún más al descubierto tal carácter destructivo, basado precisamente en la *bondad* epistemológica de la ciencia; de ahí la necesidad de una nueva política científica, guiada por los intereses de la humanidad. Es más: «Un proyecto revolucionario tiene que incluir conocimiento, poseer ciencia. Por su propia naturaleza, la ciencia es caduca. Pero sin ella, no puede llegar a ser aquello que no es ciencia».

Crítica acerbamente el seguidismo productivista de los países del «socialismo real» y su autoritarismo. Rechaza indignado («¡gentuza!») la invasión de Checoslovaquia por los ejércitos del Pacto de Varsovia en 1968.



Confronta con dos pensadores disidentes de la República Democrática Alemana, Rudolf Bahro y Wolfgang Harich. Del primero critica su análisis del posible sujeto transformador de las sociedades industriales, que hace recaer en las capas intelectuales y profesionales. Con Harich establece un debate muy interesante, que recogieron las páginas de *mientras tanto*. Asume la ruptura del autor alemán con el viejo dogma del comunismo como reino de la abundancia; Harich propugna un «comunismo sin crecimiento», frugal, austero, que permitiera el acceso de todos los seres humanos a los bienes y servicios compartibles en el marco de los límites biofísicos sustentables, así como su rechazo de las tesis poblacionistas y la necesidad de la planificación. Sin embargo, Sacristán no puede compartir los métodos autoritarios que propone Harich para asegurar la equidad en el acceso a tales bienes y servicios *comunistas* —compartibles por toda la humanidad y no hostiles a la naturaleza—, ni su rechazo de la planificación y la acción ecológica frente al deterioro de los océanos, la contaminación atmosférica y la destrucción de la diversidad biológica; también, para conseguir frenar la demografía, hasta llegar a una población homogéneamente dispersa y objetivamente sostenible en esas condiciones.

Sigue el debate del Partido Comunista Italiano promovido por E. Berlinguer sobre la necesidad, para el movimiento obrero italiano, de cambiar radicalmente el paradigma consumista que conduce a los trabajadores a compartir con la burguesía un modelo basado en la explotación de los pueblos del tercer mundo y la destrucción ecológica. Frente al desperdicio, al derroche socialmente injusto, propone la austeridad, la frugalidad y la justicia. Frente a la explotación imperial, la solidaridad de los pueblos. El documento, «Austerità», sería publicado en *mientras tanto*. Sacristán propugna una ética revolucionaria de la medida.

Analiza las nuevas condiciones que genera la existencia de las armas nucleares para la liberación de los oprimidos. Se involucra en el movimiento pacifista y antinuclear, recupera a Gandhi y la no violencia, aunque mantiene la defensa del derecho de los pueblos a librarse de la opresión por todos los medios.

En 1979, estructuró su posición en una extraordinaria aportación a las Jornadas de Ecología y Política en Murcia. Se pronunció sobre todos los frentes de debate abiertos en el movimiento ecologista. Impresiona la claridad de los análisis y propuestas que hace en la comunicación:

1) Habrá siempre contradicciones entre las potencialidades de la especie humana y su condicionamiento natural: somos la especie exagerada. 2) Es posible que una época de intensas luchas sociales desemboque en el desastre de todas las clases en lucha. 3) Las fuerzas productivas son en el capitalismo fuerzas destructivas. La energía nuclear y la ingeniería genética, por ejemplo, abren una perspectiva de tiranía integral. 4) El sujeto social revolucionario no puede tener por tarea fundamental liberar las fuerzas productivas, que tampoco se pueden coartar. La primacía la debe tener la fuerza de trabajo y la norma de



conducta «nada en demasía». 5) Buena parte de los trabajadores de los países industriales se adhieren a los valores del crecimiento económico depredatorio y a la estructura jerárquica y despótica que lo organiza. La conciencia de la clase trabajadora deberá basarse en su condición de sustentadora de la especie —imprescindible en el metabolismo de la sociedad con la naturaleza— y en el conocimiento científico de los problemas globales, entre ellos, lo ecológicos. Las clases trabajadoras, principalmente la clase obrera de los países industriales, son la parte de la humanidad imprescindible para su supervivencia, lo que constituye una feminización del sujeto revolucionario. 6) Las salidas no son ni el reformismo ni el autoritarismo. Hay que garantizar un metabolismo sano entre la sociedad y la naturaleza, pero el despotismo pertenece a la cultura del exceso que se trata de superar. 7) El movimiento revolucionario debe simultanear tres prácticas: a) construir una nueva cotidianeidad, no remitirla a «después de la revolución», b) darle toda la relevancia a la planificación global y c) practicar el internacionalismo.

Sus palabras sobre la situación de la clase obrera expresan un lúcido pesimismo:

Hoy [1979] se aprecia no solo que la clase obrera de los países industriales puede disgregarse en una nueva estructura social en la que la automatización, el exilio del tercer mundo y la depredación de la Tierra realizaran la hipótesis de un proletariado parasitario sin haber dado de sí la revolución que los marxistas esperaban de ella, sino también que en esos países las clases trabajadoras pueden responder mal a los problemas ecológicos, solidarizándose subalternamente con los intereses del capital, sometiéndose a la realidad del capitalismo imperialista [...]. No faltan indicios de que ese proceso de transformación está ya en curso [...].

El agente revolucionario no puede tener por tarea fundamental liberar las fuerzas productivas de la sociedad [...] ni puede tampoco coartarlas [...]. Probablemente eso sería irrealizable y no daría de sí una sociedad compatible con las aspiraciones de justicia, libertad y comunidad.

La revisión necesaria de la concepción del sujeto revolucionario en las sociedades industriales [...] principalmente la clase obrera de los países industriales [...] tendrá que basar la conciencia de clase no exclusivamente en la negatividad, sino también en su condición de sustentadora de la especie, conservadora de la vida, órgano imprescindible del metabolismo de la sociedad con la naturaleza.

3. Manuel Sacristán, comunista incómodo

Modestamente: como alguien troquelado en el marxismo y militante ecosocialista, me reclamo del sacristanismo, si existe tal cosa. Mi *primer Sacristán* fue su *Lógica formal* (que, honestamente, comprendí en una mínima parte); después, el prólogo a *Revolución en España*; más tarde «El papel de la Universidad»;



y vendí, mecanografiado y ciclostilado «La tarea de Engels en el *Anti-Dühring*», para recaudar fondos para el PCE, donde militaba desde el curso 1966/1967. Lo cierto es que la influencia de su obra —primero, por las insuficiencias comunicativas propias de la clandestinidad y, después, por la escasez de debate teórico en el seno del PCE— fue muy desigual: muy importante en Catalunya, limitada en Madrid.

La relación de MSL con el PSUC y el PCE fue conflictiva. Sacristán fue un verso libre, un filósofo crítico, sin ataduras ni dependencias. A la vez, su integridad moral, su prestigio intelectual y su militancia social y política le convalidaron como alguien imprescindible, a quien había que leer o escuchar. Durante muchos años, MSL fue el intelectual más conocido y respetado del PCE, lo que —dicho sea de paso— arruinó su carrera profesional en la Universidad. Dedicarse a la traducción le impidió el sosiego necesario para escribir libros. La contrapartida fue la enorme cantidad de artículos, conferencias e intervenciones que pareció mantenerle en una efervescencia intelectual constante, ganando en flexibilidad, en diversidad y en fuerza comunicativa: auténtica munición de *panfletos y materiales* inmediatamente útiles en la batalla de las ideas.

Alguien, por cierto, nada sectario. Muy alejado de F. Claudín y J. Semprún, pero disconforme con el trato que les da la dirección del Partido. Crítico con el eurocomunismo, pero editor de Berlinguer. Un puente riguroso pero nada complaciente hacia los clásicos —Marx, Engels, Lenin, Gramsci...— a quienes aplica el bisturí de la crítica haciéndolos con ello más «digeribles» (desacralizándolos, desvelando sus fortalezas y sus errores) para quienes nos iniciábamos en su lectura. Cerca de los prosoviéticos del V Congreso del PSUC frente a los carrillistas, sin dejar de criticar ferozmente a las burocracias productivistas y autoritarias del socialismo real. Desesperado por la claudicación de CC. OO. —sindicato del que había sido activista destacado durante su paso por la Universidad—, sosteniendo, sin embargo, hasta su fallecimiento, el carácter anticapitalista del mismo.

A su muerte, el reflejo de su obra estuvo comprometido por esa perenne conflictividad. Fruto de la misma fue el nefasto editorial-obituario de *Mundo Obrero* firmado por Gregorio López Raimundo, seguido —lo que honra al entonces semanario en papel— por las respuestas de Andréu Claret y Manuel Vázquez Montalbán y por la apertura de una tribuna abierta sobre su obra. Hay que decir que su influencia fue compartida por militantes de muy diversa adscripción en las naturales polémicas internas de un partido que, en 1985, ya había conocido la ruptura del mismo por Santiago Carrillo y un número importante de dirigentes y afiliados.

Fuera del PCE y del PSUC desde muchos años antes, nunca estuvo alejado de los mismos. A menudo, para criticar su política; a veces, manteniendo los puentes, como cuando se refiere elogiosamente a un paso del *Manifiesto Programa del PCE* (1977):



La explotación rapaz que los monopolios llevan a cabo de los recursos naturales, patrimonio colectivo de las generaciones presentes y futuras, está poniendo en peligro las bases mismas de la vida, está conduciendo a una contaminación creciente de la atmósfera, de los ríos y de los mares, al deterioro global del medio humano.

O en su análisis de 1983, en el fondo comprensivo y cercano:

La situación de extrema derrota del PCE no se explica tanto por el debe de su saldo histórico cuanto por el repliegue de la clase obrera en la crisis. La más grave de las torpezas del PCE ha sido la extraña pasión autocrítica sin salida, neurótica, por la cual la única fuerza social cuyo pecado original fuera para siempre imperdonable fuera el PCE: el proceso autocrítico empezó a convertirse en una explosión de exhibicionismo autodestructivo. Su crisis refleja una situación de derrota de las clases trabajadoras.

Hay que decir que la participación del PCE, la FIM, *Nuestra Bandera* y *Mundo Obrero* en los actos del centenario y los debates que se vienen produciendo en organizaciones de base sobre el legado de MSL es absolutamente encomiable.



103

4. ¿Punto ciego en su trayectoria?

Sobre todo desde 1979, MSL parecía centrado políticamente en la enorme importancia de la relación destructiva entre la sociedad y la biosfera. Profundizó no obstante en análisis político-partidistas; como prueba, su seguimiento del V Congreso del PSUC o su crítica al eurocomunismo.

Teniendo en cuenta que en múltiples momentos de su producción teórica, MSL situó a la clase obrera y al movimiento obrero en el centro de sus reflexiones, sorprende que no analizara, ni planteara alternativas, ni siquiera hiciera mención al extraordinario movimiento huelguístico que protagonizaron más de cinco millones de trabajadores (la mitad de todos los asalariados de aquellos años) durante el período que va desde la muerte de Franco al golpe de Tejero.

En esos años (desde noviembre de 1975 a febrero de 1981), los trabajadores llevaron a cabo 619 millones de horas de huelga, movimiento sin parangón en toda nuestra historia (en 1976, 101 millones; en 1977, 115; en 1978, 130; en 1979, 148; en 1980, 125).

Lamentablemente, no sabemos cómo a un marxista como MSL, que defendía el carácter irrenunciable del movimiento obrero en la lucha anticapitalista, se le pudo escapar la relevancia de un proceso como este, largo e intenso, de lucha obrera, que, por cierto, tuvo en Barcelona —Baix Llobregat, Vallés Occidental, etc.— una de sus expresiones más contundentes de todo el Estado. El marxismo, recalca con razón MSL, es una praxeología, avanza sobre el análisis de la experiencia concreta del movimiento social.

Se podría contestar que se trató de un proceso básicamente sindical, de baja trascendencia política, ligado a las condiciones materiales inmediatas de los trabajadores a la salida de la dictadura. Pero MSL sabía que esa *materia prima*, la lucha organizada de los trabajadores por sus intereses inmediatos — si no son corporativos, excluyentes, etc. — es imprescindible para la formación, en su caso, de una conciencia de clase anticapitalista.

Podría discutirse desde un planteamiento berlingueriano (si los trabajadores de los países del Centro global no cambian el modelo consumista, los incrementos salariales que consigan redundarían finalmente en una mayor explotación de los del tercer mundo), pero en esas huelgas se ventilaban derechos político-laborales — no solo económicos — muy relevantes, como constataban miles de plataformas reivindicativas.

El mismo argumento valdría para el debate en términos harichianos: las subidas salariales conseguidas — producto de la lucha por el reparto del excedente económico frente a los empresarios, reflejado globalmente en el incremento de la participación de los salarios en el PIB — habrían sido de imposible aplicación a todos los asalariados del mundo, según lo planteado para los bienes de consumo por W. Harich. Sin embargo, junto a los salarios brutos se reivindicaban estructuras de ingresos más justas, derechos de salud laboral o ambiental, reivindicaciones específicas de las trabajadoras y derechos al acceso a servicios públicos, que podrían ser compartibles por todos los seres humanos.

La huelga — máxime en ese grado de extensión en el espacio y en el tiempo, acompañada por miles de manifestaciones, concentraciones, ocupaciones, etc. — es la acción disruptiva no violenta más dura y estructuralmente más eficaz de la lucha de la clase obrera. Constituye un indicador indispensable de la profundidad de la lucha de clases, en tantas otras expresiones difícilmente mensurable. Esos cinco años de huelgas supusieron por otro lado un sacrificio brutal para los trabajadores: casi 300 asesinados, miles de heridos, decenas de miles de despedidos y represaliados y 100 000 millones de ptas. en salarios no percibidos.

Se podría argumentar que la traducción política de tal movimiento huelguístico fue reducida, a causa de la orientación reformista del PCE y de CC. OO., porque no desbordaron el marco capitalista y ni siquiera barrieron los restos institucionales, empresariales e ideológicos del franquismo; pero las huelgas se produjeron como respuesta a la fiereza de la reacción empresarial; los asesinados cayeron por la brutalidad represiva de las policías y los partidos fascistas y las intenciones militares hasta el golpe de Tejero-Milans solo se podían explicar por la resistencia de sectores militares ultras muy amplios a los cambios parlamentario-democráticos. Ni los trabajadores ni las izquierdas dieron más de sí y, a partir de 1981, el movimiento huelguístico fue declinando, presentando rasgos de cansancio. El protagonismo de tal «galerna de huelgas» fue mayoritariamente de las CC. OO., y la hegemonía en las direcciones del



Sindicato era indudablemente del PCE-PSUC. Pero hubo otros partidos más a la izquierda, hubo diferencias políticas entre el PSUC y el PCE —que MSL recogió—, hubo otros sindicatos muy activos protagonizando una parte del movimiento y, no obstante, la experiencia fue muy similar en todo el Estado, salvo quizás en el País Vasco.

Lamentablemente, nos faltó la aportación de alguien con la altura intelectual de Sacristán en el debate político y sindical sobre el desarrollo de la lucha de aquellos años, tristemente marcado por la furiosa división en el seno de las izquierdas transformadoras en un clima social de *combatividad temerosa*.

5. El mundo sin Sacristán

MSL falleció prematuramente en 1985. No pudo conocer el colapso del socialismo real de la órbita soviética. Ni la crisis del marxismo —de los marxismos— extraordinariamente fecundos a lo largo del siglo anterior. No conoció el impulso a la globalización neoliberal ni el declive de la rebelión anticolonial y antiimperialista que había dado lugar a tantas revoluciones liberadoras en el Sur global. Tampoco fue testigo del desplazamiento del centro de gravedad de la clase obrera y, específicamente, de la clase obrera industrial de los países del Centro capitalista a las periferias asiática, africana y latinoamericana. Y sobre todo, aunque enunció su posibilidad, no pudo conocer el empeoramiento sistemático de todos los indicadores ambientales, el trayecto hacia el caos de las sociedades humanas, si no conseguimos un cambio de rumbo radical hacia modelos sociales no capitalistas en un marco de reducción rápida del metabolismo entre la sociedad y la biosfera. Un dato más, sin duda dramático: en 1985, había 4900 millones de seres humanos; hoy alcanzamos los 8300 millones.

En ese contexto, se podría intuir dónde situaría hoy MSL el centro de gravedad de la constitución del principal sujeto social potencialmente revolucionario. Vivimos un mundo fracturado entre una minoría de la humanidad que mantenemos un modo de vida imperial y una mayoría que lo soporta sobre su discriminación, superexplotación y opresión de los ejércitos, sistemas financieros y aparatos ideológicos del Norte, que sostenemos los regímenes políticos y económicos que facilitan *in situ* tal explotación y opresión, a menudo a través de dictaduras. Si situamos su afirmación sobre el mapa, veremos que hoy, de los 3000 millones de asalariados, más de 2000 se encuentran en el Sur global, en donde, por cierto, se producen movimientos huelguísticos masivos (hasta 200 millones de trabajadores en un día de huelga, en India).

Ahora bien, la translimitación lo cambia todo: la humanidad no puede plantearse de la misma manera su práctica política, económica, social y sus sistemas organizativos, sus estructuras e instituciones, como antes de haber traspasado límites biofísicos que comprometen nuestro futuro. Las fuerzas sociales



y políticas, las formas de poder, todo debe ponerse en cuestión, con la urgencia que merece esa conflictividad entre el ser humano y el resto de Gaia. MSL falleció en el momento en que comenzaba este sobrepasamiento de los límites.

¿Colapsismo en MSL? Sería intelectualmente tramposo hacerle decir lo que no dijo, suponer su respuesta ante la marcha de un mundo que no pudo conocer. Pero contraponía una y otra vez socialismo y barbarie, cuando explicaba tozudamente que, si no se regulaba el desarrollo de las fuerzas productivas-destructivas (y da igual el sistema en el que estén insertas) para los intereses de toda la humanidad, el horizonte podría ser desastroso.

Sería poco riguroso preguntarnos qué habría dicho Sacristán de este proceso, qué propondría hoy (por qué lucharía hoy) en este marco de sobrepasamiento de los límites biofísicos a que nos abocamos. Tenemos menos capacidad de maniobra, menos tiempo, peores condiciones de resolución de la relación entre las experiencias de base (comunidades, municipios, barrios-ciudades, ecoregiones, etc.), comprometidas por el crecimiento desordenado de enormes áreas urbanas, y la toma democrática de decisiones sobre los problemas globales.

Hay en la obra de MSL (sobre todo, a partir de su polémica con W. Harich) atisbos de algunos elementos de conformación de una posible sociedad futura, postcapitalista, comunista. Siguió en esto la prudente práctica marxiana consistente en trabajar más sobre el movimiento real y sus enseñanzas que intentando delinear pormenores utópicos de la nueva sociedad. En todo caso, MSL rechazó el gigantismo energético: «Nos parece mala la civilización montada sobre el despilfarro energético, aunque fuera montada sobre grandes concentraciones de plantas solares, porque toda gran producción energética pone en peligro el planeta y es un riesgo irresponsable con la segunda ley de la termodinámica». Optaba por redes federalizadas de pequeñas comunidades o países, por las políticas científicas basadas en los intereses comunes, por las tecnologías humildes intensivas en trabajo, etc., y huía de los modos autoritarios con los que Harich quería resolver las necesidades de control, planificación, distribución de bienes y servicios, organización social y coerción; MSL hablaba de moderación dialéctica, de controlar y regular democráticamente las fuerzas productivas, desarrollándolas o frenándolas selectivamente con objetivos sociales, con valores socialistas.

Más racional sería aprovechar la *caja de herramientas* que nos legó MSL, ahondar en las aportaciones del brillante elenco de seguidores de su obra, *sacristanistas* que han puesto al día creativa y críticamente su metodología, sus intuiciones y sus análisis, integrando de forma fecunda el conocimiento y el activismo, la ciencia-con-conciencia y la práctica de los nuevos y veteranos movimientos sociales.

En todo caso, siempre nos quedará la convicción de que la obra teórica de MSL, su ejemplo ético y su militancia práctica, en cita certera de Cervantes por Fernández Buey, «no fueron aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas». ★

